

HILO ROJO

ÓRGANO POLÍTICO DEL NÚCLEO MARXISTA HILO ROJO

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA
PARA PREPARAR EL PARTIDO COMUNISTA DE LA PRÓXIMA REVOLUCIÓN

Nº 27

Enero de 2001

Precio: 300 ptas.

Correspondencia (escribir -sin otra mención-): Apartado de Correos nº 265 -08080- Barcelona (España)
e-mail: hilorojo@mailcity.com http://members.tripod.com/hilorojo/hr.htm

LA CRISIS QUE VIENE Y LA VANGUARDIA HISTÓRICA DEL PROLETARIADO

De la mano de los repetidos *crash* bursátiles de este año, de la reducción general, a la que asistimos, de los beneficios de las empresas de los EE UU y de la quiebra o dificultades de las nuevas empresas de tecnología, el vigente curso revolucionario de la lucha de clases ha hecho ya plenamente presente el fantasma de la próxima y catastrófica crisis económica capitalista, cuyo estallido y desarrollo —cerrando el ciclo más prolongado e imponente de expansión de las fuerzas productivas jamás conocido por la sociedad burguesa—, están destinados a acelerar imparablemente los enfrentamientos interimperialistas y los choques entre las clases de los que surgirán, en el horizonte social, los perfiles de la nueva guerra imperialista mundial, llamada a anteceder a la definitiva revolución comunista.

El desencadenamiento de la nueva crisis —esta vez a partir de la esfera financiera, dada la dependencia directa, en relación al capital ficticio, en la que ha caído, en nuestros días, a causa de la desvalorización comportada, en lo inmediato, por la aplicación limitada, en el actual contexto social, de las nuevas técnicas productivas, el proceso de producción capitalista— atiborará, sin duda, de dialéctica tanto a la clase dominante como a todos aquellos pseudorrevolucionarios que, negligiendo la aprehensión del desarrollo concreto de los hechos, se han acostumbrado salmodiar la letanía de una supuesta «crisis permanente» del sistema.

No cabe esperar, sin embargo, que la evidente desaceleración en la que ha entrado la locomotora del capitalismo mundial, EE UU, después de gozar de los extraordinarios aumentos de productividad permitidos por los albores de la nueva revolución productiva —mientras que en Europa languidece la economía y en Japón se mantiene sin solución de continuidad la crisis—, desemboque, de forma directa e inmediata, en la nueva crisis económica mundial. Por el contrario, de la convergencia de las inmensas expectativas de valorización que ofrece la nueva composición orgánica del capital correspondiente a las nuevas tecnologías con la acción

política consciente de la burguesía de las grandes potencias imperialistas, mediante sus Estados y sus instituciones internacionales, para optimizar y prorrogar, al máximo, el crecimiento económico, al objeto, ante todo, de ganar cuota de mercado frente a sus competidores, resultará, con toda seguridad, aún un inquieto y cada vez más inestable interludio, aún una resurrección e ilusoria prórroga de la expansión, sostenida por una política keynesiana llamada a conducir, a través de una nueva orgía sin precedentes cuantitativos de capital ficticio, a la economía norteamericana al canto del cisne de los negocios que oficiará de heraldo del *crash* bursátil llamado, en primera instancia, a detonar la crisis financiera y, a través de ella, la mayor catástrofe productiva sufrida por el capitalismo en toda su historia.

Los programas presentados por los dos grandes partidos a las recientes elecciones presidenciales de los EE UU son altamente significativos al respecto. La extrema igualdad en los resultados de los comicios expresa la dificultad que ha padecido la principal clase capitalista del planeta para resolver entre ambos, para decidir, en un momento, como el actual, que la burguesía presiente de enorme importancia, entre dos líneas de actuación económica que estaban cercanas y eran, por supuesto, idénticas en su naturaleza de clase, pero que, a la vez, se diferenciaban específicamente. En cualquier caso, las dos (la republicana y la demócrata), eran keynesianas y avanzaban, por tanto, un golpe de timón de la economía mundial, orientado a proporcionar a ésta su postrer impulso previo a la crisis, ya fuera mediante una reducción generalizada de impuestos y una mayor liberalización de la circulación de capitales, en el cuadro de un mayor proteccionismo de la economía norteamericana, de un ataque más declarado a las condiciones de vida de las masas trabajadora del país y de un repliegue de los EE UU en la escena política de los acontecimientos internacionales (línea de Bush, defensor del programa keynesiano más radical), ya fuera a través de una nueva y masiva subvención, por parte de Washington,

a las nuevas tecnologías, mientras el Estado más poderoso del planeta trataba de mantener, bajo control, por la vía de su intervención directa, el desarrollo económico y de alargar, en todo lo posible, el *status quo* reinante, en su interior, entre la burguesía y el proletariado y, a escala mundial, con el resto de potencias imperialistas y los movimientos antiimperialistas revolucionarios en auge (línea de Gore, de keynesianismo más moderado).

Ahora, ya con los republicanos en la Casa Blanca tras el sainete del escrutinio electoral que ha tenido la virtud de poner al descubierto las vergüenzas de la democracia capitalista, la política keynesiana, presta a ser aplicada decididamente por el conjunto de las burguesías, incluidas las europeas, no podrá ser ninguna repetición de la que, sobre las ruinas y la masacre mundial del proletariado, sembradas por la II Guerra Mundial, permitió imponer la relativa paz social entre las clases y entre las potencias opresoras y los pueblos oprimidos, sobre la que se asentó el orden imperialista caducado definitivamente, sin alternativa estable de repuesto alguna, con el hundimiento de la URSS. La flagrante reducción de las coberturas sociales bajo la presidencia de Clinton —pese al cuadro económico de expansión récord en que ésta se ha desarrollado— constituye todo un aviso fehaciente de la realidad —despojada, al máximo, de toda concesión hacia las masas— que deparará la nueva ola keynesiana, en capilla, que precederá a la próxima crisis. Así, si el keynesianismo vuelve, de nuevo, a hacerse con el mando de la política económica burguesa, no es, desde luego, bajo la determinación de tratar de hacer revivir el *Pleno empleo* de antaño —hecho efectivo, durante la última posguerra mundial, en los países capitalistas avanzados, gracias, en primer lugar, al desarrollo del taylorismo permitido por la bárbara contienda— sino con el mandato expreso de dar un nuevo vuelo al, decaído con la ralentización económica, capital ficticio (de la mano de la baja, ya a la vista, de los tipos de interés), a fin de optimizar, al máximo, la productividad (esto es, la explotación de la fuerza de trabajo) de

la actual fase de expansión capitalista, así como la prolongación, en todo lo posible, de ésta en el tiempo, incluso si ello es a costa, en el plano económico, del aumento, jaún mayor!, del endeudamiento de Estados, empresas y consumidores —vector que no puede por menos que abonar la magnitud catastrófica de la nueva crisis—, en el plano de las relaciones interimperialistas, de la exacerbación de la guerra económica ya en ciernes —vector que apunta inexorablemente hacia el futuro enfrentamiento militar entre las potencias imperialistas—, y en el de la lucha de clases, del desarrollo, cada vez más amplio, de un movimiento de resistencia proletaria, cuya nueva fracción —liberada, por el propio desarrollo capitalista, de las cadenas del sindicalismo obrero y, en buena parte, de la ilusión en los partidos burgueses de izquierda y extrema izquierda— está llamada a abonar, con su derrota final, con ocasión del estallido de la nueva guerra imperialista mundial, el terreno militante sobre el que se erigirá el Partido Comunista Mundial de la próxima revolución.

Este nuevo movimiento proletario que, día a día, se despliega ante nuestros ojos, y cuyas fronteras se hallan bien diferenciadas tanto del viejo movimiento burgués y oportunista, heredado de la anterior contrarrevolución como de la fracción obrera del movimiento de resistencia proletaria que aún combate sindicalmente, bajo la dirección de la socialdemocracia, el estalinismo, el trotskismo y demás partidos de la izquierda capitalista, en defensa numantina de lo que todavía resta de las conquistas del anterior período de la lucha de clases, constituye precisamente, en el dominio político, el elemento dinámico de la situación, el factor vivo y avanzado ante el que hoy están obligados a posicionarse y entrar en una u otra relación todos los partidos, sin excepción alguna, existentes en la sociedad burguesa, incluido el Partido Comunista; todas aquellas fuerzas, socialmente vivas, en fin, que no han devenido sectas, destinadas a ser barridas, como tales, por el primer campés revolucionario.

Nuestro Partido no faltará a la cita.